
LOS IMPERIOS DEL NORTE

Y

LA POLÍTICA EUROPEA.

Para dar una idea de la política universal á mis lectores, cúpleme tratar el estado de Oriente, cuyas primeras consecuencias se tocan ya en la guerra de Asia, y cuyas últimas consecuencias, dadas las afinidades políticas de los Estados- Unidos, pueden tocarse muy pronto en las naciones de América. Nosotros hemos todos visto dos potencias poderosas apoderándose de dos ideas modernas, y blandiéndolas como si fueran cetros de autoridad, cuando en realidad eran rayos de fulminante revolucion. Estas dos potencias, que dieron su base más firme á la Santa Alianza, llamábanse Prusia y Rusia. Engendros sus dos troncos de las edades históricas, fundados en la tradición monárquica, revestidos de potestad absoluta, fomentadores de reacciones, semejantes á dos inmensas barreras levantadas por los instintos de

la conservacion social, para que á sus piés fueran á estrellarse con rabia y á convertirse como en vana espuma las henchidas olas del espíritu moderno. Mas como quiera que las ideas progresivas empujan á las sociedades humanas, cual las fuerzas cósmicas á los cuerpos celestes, penetró en la conciencia de Prusia la idea de la raza germánica, y en la conciencia de Rusia la idea de la raza eslava, como dos gérmenes de inesperados progresos. Y Rusia aspiró á presidir y encabezar la unidad eslava, y Prusia aspiró á presidir y encabezar la unidad germánica. Y la unidad germánica, como la unidad eslava, eran dos ideas revolucionarias. Y las ideas revolucionarias no pueden prevalecer sino combatiendo los intereses creados por ideas anteriores, que tienen toda la fuerza de los poderes históricos. Y Prusia, en su empresa, habia de humillar al Austria; y Rusia, en su empresa, habia de humillar á Turquía. Y para humillar al Austria, necesitaba Prusia servir á la revolucion, sirviendo á los enemigos de Austria, como Italia y Hungría. Y para humillar á Turquía, necesitaba Rusia servir á la revolucion, sirviendo á los enemigos de Turquía, como Rumanía, Sérvia y Montenegro. De suerte que las dos potencias más reaccionarias de Europa se convirtieron, por virtud de la libertad, en dos potencias cooperadoras de la revolucion universal.

Mas toda revolucion se frustra, ó por lo ménos se detiene, en sus comienzos. La conservacion social tiene por sí misma tanto poder, y los intereses creados tanta trabazon, que, áun servidas las ideas progresivas por poderes tan fuertes como Rusia y Prusia, se malogran en sus primeros esfuerzos y retroceden á sus primeros pasos. Prusia, despues de haber ostentado todas sus ambiciones en 1848, se humilló en Oltmuz; y Rusia, despues de haber ostentado todas sus ambiciones en 1854, se humilló en Sebastopol. Si está en las leyes de la Historia que toda iniciacion revolucionaria tropiece con obstáculos, tambien está que no puede iniciarse una revolucion sin llegar tarde ó temprano á soluciones que son verdaderas victorias para el progreso universal y para el espíritu moderno. La Prusia de Oltmuz recabó los tratados de Praga y de Versálles; la Rusia de Sebastopol recabó los tratados de Lóndres y de San Estéfano. En presencia de estos hechos, no hay que deslumbrarse ni tomarlos por definitivos y eternos. Las ideas revolucionarias, en su período de combate, pueden apelar como á un arma á los imperios; mas en su período de victoria tienen que desechar tal instrumento, como peligroso y amenazador á su victoria misma. De aquí las dificultades encontradas por Rusia y Prusia en sus triunfos, mayores ciertamente que las encontra-

das en sus batallas. Prusia quiso prusificar á la raza germánica, y Rusia quiso rusificar á la raza eslava, sin comprender que el todo debia vencer y subordinar á las partes, siquier tuviesen éstas la importancia inmensa de ambos imperios. Las pretensiones de Prusia se hallan más justificadas: primero, porque esta nacion es la que desde el siglo décimosexto representa el espíritu moderno en Alemania; segundo, porque esta nacion, teniendo á Federico el Grande, ha tenido el iniciador de nuestra edad; tercero, porque esta nacion, obligada á disputar el predominio alemán á imperio tan fuerte como Austria, ha necesitado organizarse formidablemente; cuarto, porque esta nacion se dirige en su cruzada á un territorio verdaderamente apropiado para contener un solo pueblo; quinto, porque todo indica que, en contacto Prusia con pueblos tan civilizados como ella misma, su predominio político cederá á las presentes circunstancias históricas, y su autoridad predominante se enlazará como parte de un verdadero organismo en la totalidad de Alemania.

Pero Rusia, que para dominar á la raza eslava debe extenderse fuera de sus límites naturales, con grave daño de toda Europa; Rusia, que oprime á pueblos civilizados de antiguo, como Polonia y las regiones alemanas del Báltico; Rusia, que disputa á Grecia en el Bósforo de

Tracia el pedazo de cielo y el pedazo de tierra que á Grecia han dado la Historia y la Naturaleza; Rusia, que ha devorado veinte naciones para formar verdadera ergástula de esclavos; Rusia representa, no la armonía de su raza en una sola nacionalidad, como representa Prusia, sino la fuerza, y la guerra, y la dominacion, y la conquista. De aquí un deber para todo el mundo civilizado, el deber de emancipar el Oriente sin caer en complicidad ninguna con las maniobras y las tendencias del Imperio ruso. Que la raza eslava sea libre en buen hora; mas que no sea de ninguna suerte una raza rusificada. Lo primero es una necesidad de nuestro tiempo; lo segundo sería un grave peligro para todos.

¿Cómo se encuentra, al terminarse el año, la cuestion de Oriente? En el cumplimiento de la paz ó tratado de Berlin. ¿Y qué es el tratado de Berlin? Un término medio entre el tratado de París, límite de las derrotas, y el tratado de San Estéfano, límite de las victorias moscovitas. Por lo mismo, el tratado de Berlin es un poco vago en sus términos, un poco indeciso en sus aspiraciones, un poco flexible en sus máximas; expediente para conservar una paz precaria, ántes que solucion para salir de una guerra espantosa. Así es que á la independenciam y soberanía de la Puerta, reconocidas en 1856, ha sucedido la de-

leznable fundacion de Imperio extraño, con límites apénas perceptibles, y obligado á ceder una parte de las propias tierras á sus antiguos vasallos, otra parte á sus nuevos vencedores; tal fragmento á sus rivales de siempre, tal otro fragmento á sus mismos aliados y amigos. Con tales caractéres, debe tener, y tiene realmente, la paz de Berlin mucho de arbitraria, y por lo mismo, mucho de difícil y áun de peligrosa para su ejecucion y cumplimiento. Turquía ha perdido aquel supremo dominio, siempre disputado, sobre el valeroso Montenegro, y sobre el núcleo de la monarquía eslava, que se denomina Sérvia, y sobre el territorio poblado primero por los antiguos dacios, despues por los colonos hispalenses é italianos, que áun recuerdan las glorias trajanas, y sobre porciones considerables de la Thesalia y el Epiro cedidas á Grecia, y sobre los territorios que encabezan las ciudades asiáticas de Ardahan, Kars y Batum, y sobre otros fragmentos arrancados por la fortuna implacable en sus últimas derrotas. Y no ha bastado con semejante disminucion material; hanse empeñado las potencias en una disminucion moral tambien, que sujetará al Imperio turco definitivamente al arbitrio de Europa, y le han impuesto como artículos de un tratado diplomático las libertades religiosas y las reformas administrativas li-

bradas en otro tiempo á su completa soberanía, y garantidas por la espontaneidad de sus palabras y de sus promesas. ¿Cuántos gérmenes de guerra no se contienen ya en esta intervencion continua de Europa entera sobre el restringido Gobierno de Turquía?

Pues si en la organizacion interna de los restos que han quedado sobrenadando por el naufragio último hay encerradas todas estas causas de guerra, ¿cuántas no habrá en la solucion dada al problema de Bulgaria! Protegida esta tierra, más que ninguna otra, por los designios de Rusia, no tanto á causa de sus pobladores, oriundos de diversas razas, como á causa de su situacion geográfica, á la derecha del Danubio, constituyó en los preliminares de San Estéfano un Estado, que luégo se ha visto restringido por las exigencias de los diplomáticos en la paz definitiva de Berlin. Al Norte de los Balkanes se ha constituido una Bulgaria, que tendrá Príncipe propio y autonomía administrativa, aunque bajo la tutela eminente del Sultan, y al Sur de los Balkanes se ha constituido otro Estado sin propia autonomía, sin facultades administrativas, sin Príncipe reinante, sometido por completo al Sultan. Estas diferencias que separan territorios ántes unidos; estos Gobiernos diversos, que pesan sobre poblaciones compuestas de una misma suerte; los san-

grientos desquites de los búlgaros vencedores al Norte, y la rabia de los turcos vencidos; el orgullo de éstos al Sur, y la rabia de aquéllos; las encontradas ambiciones de otras razas también sometidas y también desasosegadas; la tradición de los visires y el odio de los cristianos á toda solución que no encierre su libertad completa; la pertinacia de la ocupación rusa en detentar territorios ya rescatados, y las desgracias de las comisiones europeas, perseguidas como rebeldes vulgares, cuando estaban como amparadas por la sombra de la diplomacia universal; todas estas complicaciones hacen de esos dos fragmentos de Bulgaria dos incendios voraces, cuyas terribles llamaradas, más ó menos reprimidas, dan pábulo excesivo al recelo, cada día mayor, de una nueva guerra.

No es ménos anómalo, ni ménos increíble, el estado tristísimo de la Bosnia y la Herzegovina, á las cuales se debe el comienzo de las crisis últimas en la cuestión turca. Desde que Rusia se ha encaminado por el Oriente á Turquía, se ha encaminado Austria por el Occidente. Aquéllos, que ven con horror el crecimiento de la política panslavista, no encuentran otro remedio á sus desapoderadas ambiciones que contrastar el poder de Rusia con el de Austria, y entregarle á ésta en el botín tantos pueblos eslavos del Me-

diodía como adquiriera su rival en el Norte. Hasta se aseguraba, durante las primeras insurrecciones bosniacas, que se movían aquellas tribus por pertenecer al Emperador de Austria en vez de pertenecer al Sultán de Constantinopla, como dice Heine que se sublevaron los tirolese por si habían de tener un rey con uniforme blanco ó un rey con uniforme colorado. Lo cierto es que, obedeciendo á tales ideas, se ha quedado Austria con la administración y el gobierno de las dos provincias, aunque dejando la soberanía eminente al Sultán. El caso es tan difícil, y el arreglo tan confuso y enmarañado, que en ambas provincias nombra un poder los gobernadores y los jueces, mientras otro poder distinto da el *exequatur* á los cónsules. Así es que todos los habitantes han protestado á una contra el arreglo que disponía de ellos sin consultarlos, tanto los cristianos, por verse en manos de una potencia que detestan, como los musulmanes, por verse desposeídos de privilegios que alcanzaron merced á una traición y á una apostasía de sus antepasados. La fuerza los ha sometido, pero han peleado unos y otros con verdadero heroísmo contra la fatalidad de su destino. Y en realidad, la ocupación de los pueblos bosniacos y herzegovinos por los soldados del Austria, como la ocupación más ó ménos simulada de los pueblos búlgaros por los soldados

de Rusia, revela bien á las claras el compromiso de todos en un tratado donde realmente buscan, más que otra cosa, posiciones estratégicas bastante fuertes y seguras para aguardar un próximo é inevitable rompimiento.

No se pueden contar las causas de malcontento encerradas en el tratado de Berlin. Esos pobres armenios, que han adoptado el traje y la lengua de sus dominadores los turcos, sin poder adoptar ni la religion ni la nacionalidad, ven sus haciendas á merced de la rapacidad fiscal, y sus vidas á merced de las irrupciones kurdas y circasianas. Esos montenegrinos, que han peleado contra el poder de Turquía como los cántabros contra el poder de Roma, quedán, por unos capítulos del tratado, independientes; por otro, en ciertas circunstancias, sujetos á la antigua tiranía; sin pabellon y sin buques de guerra, medio sometidos, como los habitantes de Bosnia y Herzegovina, á potencias rivales y á legislaciones contradictorias. Sérvia misma no ha ganado su independencia absoluta y su extension de territorio sino admitiendo ciertas humillaciones en su legislacion interior, sobre todo en la esfera religiosa, que, si bien exigidas con justicia, denotan cierta incapacidad, por todos reconocida, para el difícil gobierno de sí misma. Y no hablemos de Rumanía. La cesion de territorios queridos,

que la han desmembrado en provecho de Rusia, y la anexion de otros nuevos que le han traido dificultades sin cuento, revelan una inquietud, que agravará en porvenir no lejano todos los graves problemas de Oriente. Y no satisfechos todavía con tantas y tan enmarañadas dificultades, han sembrado odios inextinguibles, añadidos á odios seculares entre Grecia y Turquía. Al comienzo del Congreso, el jefe y director de la política británica encareció la necesidad de satisfacer las antiguas y nobles aspiraciones griegas, tan exaltadas allá en dias mejores por su pueblo; y al terminarse el Congreso, alardeando de una inconstancia incomprensible, trató sus propias ideas como ensueños poéticos y fábulas de imaginaciones calenturientas.

Así, todas las satisfacciones dadas á Grecia hanse reducido á una vaga rectificacion de fronteras, que deberá tratarse entre Grecia y Turquía, ó como si dijéramos, entre el cordero y el lobo. Y la fábula artística, el ensueño poético, han á estas horas engendrado sublevaciones en Macedonia y en Thesalia, donde han muerto, de muerte natural y verdadera, muchos infelices, creidos sin duda, por arrebatos de sentimiento estético, que la patria de Byron, dirigida hoy por un poeta, guardaba todavía su antiguo culto por la divina Grecia. Así es que la paz de Berlin

resulta forzosamente la guerra organizada y próxima. Los rusos ocupan la Bulgaria para excusar nuevos pasos del Danubio y nuevos asaltos á las crestas de los Balkanes. Los turcos se arman hasta los dientes, sabiendo que el Bósforo de Tracia no puede quedar ya por mucho tiempo en sus manos, resueltos á vender cara, muy cara, la última hora de su dominacion tristísima en Europa; los ingleses ocupan Chipre, como punto estratégico de primera importancia militar; y los rusos ocupan las plazas fuertes de Armenia, sin más objeto ni más fin que estar acampados en la Turquía asiática, cual están acampados en la Turquía europea. La paz de Berlin ha sido, en suma, la organizacion de formidable guerra.

Lo he dicho muchas veces en estas notas, que, si no tienen otro mérito, tienen la indiscutible virtud de abogar siempre por los oprimidos y por los desgraciados. La indiferencia de Inglaterra en los comienzos de este gravísimo conflicto acarreale más tarde complicaciones sin cuento. Ya empieza, tristemente, á sentir las; porque, mientras ella preparaba al Sultán de Constantinopla con diplomáticas arterías á cederle Chipre; Rusia, herida, preparaba al Sultán de Cabul para que le diera un satisfactorio desquite, agravando á su abominada rival. No ha tenido la Gran Bretaña guerra en Europa, y la ha tenido en Asia; y hoy

no tiene guerra con Rusia, porque ésta se encuentra enflaquecida y arruinada; pero así que Rusia se reponga, ó bien por el curso natural de los tiempos, ó bien por el refuerzo de una poderosa alianza, la tendrá, y sangrienta y formidable. Lo más seguro en política es prever las dificultades con tiempo y preparar las soluciones con madurez. Dos razas tienen derecho á la herencia de los turcos: la raza eslava y la raza helena. Tras la raza eslava se encuentra todo el Oriente europeo; tras la raza helena se encuentra todo el Occidente europeo. Los pueblos del antiguo Imperio serbio, ora estén bajo el poder de Austria, ora bajo el poder de Turquía, ora alcancen de todo en todo su nativa independencia, mirarán siempre á Rusia; y los pueblos que compusieron el antiguo imperio griego volverán siempre los ojos á Italia, á Francia, á España, á Inglaterra, á todo el Occidente. Y dígame lo que se quiera, ya es hora de pensar en que la sucesion del Imperio turco no caiga enteramente en la ergástula rusa. Quanto más se aplica la libertad á Turquía, más se comprende su irremediable contradicción con el espíritu moderno. Y todo aquello que no avive ese espíritu perecerá pronto en el suelo europeo, santuario destinado de antiguo á la libertad. El helenismo constituye un arte, una religion, una ciencia, una política en el mundo, como el cris-

tianismo. Si Judea no pudo meditar por tanto y tanto tiempo en el dogma de un solo Dios sin traernos lógica y necesariamente esa base de toda religion, Grecia no pudo cantar como cantó, escribir como escribió, dibujar como dibujó, esculpir como esculpió, pensar como pensó, sin que sus escuelas, sus artes, sus inspiraciones, sus formas de gobierno entráran, cual entraron, en los tuétanos de la moderna civilizacion. Despues de todo, el catolicismo, el derecho canónico, el pontificado, se prepararon por la antigua Roma; y el arte, y la política, y la democracia, se prepararon por la antigua Grecia. Hay en aquel cielo y en aquella tierra una fuerza creadora, que ni han agotado ni agotarán jamas los siglos de los siglos. El helenismo brotó en el extremo oriente de Europa, y llegó desde el Guadalquivir hasta el Ganges. Suya fué la base de la civilizacion romana, y suyos fueron los dogmas fundamentales añadidos por el cristianismo al judaismo. Cuando las irrupciones germánicas inundaron á Europa, solamente la civilizacion helénica pudo salvarse del naufragio. Aquélla, su Iglesia, conservó el cristianismo en el Oriente y lo llevó hasta la helada Rusia. En el Renacimiento, Grecia fundó la cultura moderna; y vencida por la fuerza de los turcos, Grecia se conservó íntegra y conservó la esperanza de una resurreccion hasta en los pueblos

que hoy le disputan sus títulos de gloria y sus laureles de inmortalidad. Desconocer la fuerza de Grecia es desconocer la solucion del porvenir. No hay remedio: si no se sustituye la Turquía con la raza helena, se la sustituirá con la raza eslava. ¿Y se puede dudar ni un momento? La raza eslava en Constantinopla es la victoria del Oriente sobre el Occidente. Y como las decadencias comienzan tan pronto y se remedian tarde, la Europa libre puede convertirse en una triste sucursal del Asia. ¡Dios nos preserve de tamaña calamidad y nos quite las responsabilidades que pudieran venir sobre los que hayan visto el peligro y no lo hayan anunciado!